

CRONICA DE LOS AÑOS INGENUOS

Dur

Por Miguel de MARCOS

dic 22/53

Sin ansias de historiador, aquí, en estas cuartillas, van a ser agrupados algunos sucesos, por mejor decir, algunas expresiones del primer lustro republicano. Vistos a distancia esos cinco años tienen una modulación armoniosa y melancólica. Hay una República que se pone en camino. Tropezaba. Caía. Hasta se hundió en un eclipse doloroso. Pero en su infancia, en su divina infancia no pedia su candor. No estoy seguro si en ese candor había una fuerza ascensional. Bien entendido: no trato de hacer una demostración. No trato de repetir, en sordina o con énfasis redundante, aquello tan manido de "cualquiera tiempo pasado fue mejor". La verdad es que el pobre Jorge Manrique ha sido exterminado por los falsos melancólicos y por los trovadores polvorientos del pasado inmóvil.

Sospecho que al entrar en 1954, Cuba perdió la ingenuidad, aquella ingenuidad radiosa de los primeros años republicanos. Me parece que adquirió la malicia. Eso no es muy grave porque los pueblos necesitan poseer una dosis masiva de burla contra los apóstoles de café-concert. Lo malo es que ya tan lejos de los años iniciales la patria se pobló de odios estúpidos. Nunca tuve el gusto por predicar, ni siquiera me tentó ese deporte ocioso y estéril que consiste en clamar en el desierto. Después de todo, cada hombre tiene su técnica, recta o cursiva, para vivir con su culpa, con su sueño, con su fantasma. Al erigir estas formas, estas expresiones de la infancia republicana, no me guía el propósito de hacer la lección, como suele decirse. No es modestia. Pero con estas cuartillas vacías, con estas imágenes del "buen tiempo viejo", no anhelo el caputo, diplomado y consagrador, de convertirme, durante quince minutos, en el cronista de los años ingenuos. De todas maneras, que demonio; la República naciente era un poco aldeana y trivial, si se quiere, pero irrecusablemente bella, en la gracia y en la frescura de su candor.

Los zapatos chirriantes

El cubano de los primeros años de la República, con un claro sentido de precisión, para canalizar el tumulto patriótico, fijó su aspiración cívica en una cosa bien modesta: se dedicó a usar zapatos que chirriaban. Las carretas chirriantes de mi hermano Agustín Acosta vendrían más tarde con el despliegue tentacular del latifundio y la potencia emblemática del central azucarero. Fué un gesto intrépido, porque, de esta manera, al andar el sujeto urbano esparcía una impresión himnica sobre las aceras quebrantadas. En aquella dulce época no había automóviles. Los vendedores callejeros emitían sus pregonos con un subrayado de formalidad y de melancolía, y hasta

aquel vibrante "tin-tan" de los coches con timbre, cobraba en la noche habanera un valor de sosiego y de serenidad. En ese minuto límpido, como una prolongación de las laderas mollares del pantuflarismo se inició el reinado ingenuo de las botas crujientes. Ah, calzados fosfóricos, botín poblado de rumores crepitantes, ahí se encuentra la cuna melódica de la República.

Fué más que una moda transitoria. Fué una forma de vida. El ha-

banero, en un afán de zambra y jolgorio para su calcaneo, utilizaba con entusiasmo el zapato chirriante. Si en una reunión de gravedad dogmática, —por ejemplo, una reunión de accionistas acudía a la misma, haciéndose fluido y circulatorio sobre unos zapatos sin ruido, inmediatamente se atraía todas las sospechas. En tono perentorio uno de los accionistas, muy sonoro sobre sus botas en crepitación chicharroneal, se levantaba de su asiento:

—Señor Carrodegas, hágame el favor de salir. Vaya a su casa y sustituya ese calzado subterráneo, sin alegría, por unos zapatos chirriantes.

Carrodegas se excusaba. Alegaba que en su peletería le habían dado gato por liebre. Al probarse los zapatos, chirriaban magníficamente. Tuvo la impresión, neta y coherente, de conducir un acordeón jovial sobre su dedo gordo. Y ahora advertía que eran silenciosos, horrendamente silenciosos.

En el rostro honrado de Carrodegas resplandecía la sinceridad. Además, en aquella época no se mentía abyectamente, la palabra poseía el valor de una escritura pública y el centen tenía en cotización oficial el valor de 5.30. Pero, de todas maneras, recibió la respuesta lógica:

—Creemos su palabra. Creemos que en la peletería le han dado gato por liebre. Pero, en fin, vaya a su casa y vuelva con su acordeón

sobre el dedo gordo, quiero decir, con sus zapatos chirriantes. Tenemos un profundo respeto por sus canas y por sus prestigios, señor Carrodegas. Pero si usted sustituye el zapato chirriante, alegremente chirriante con el zapato silencioso, hediondo y triste, vamos a creer que usted tiene afanes de conspirador, de conjurado. Y la verdad, señor Carrodegas, usted, a su edad, no está para conspiraciones.

Carrodegas abandonaba la junta. Regresaba a la media hora, porque vivía a tres cuadras de distancia. Retorno perfecto. Sus botines tenían chirridos insospechados.

El zapato chirriante llenó esa infancia republicana. Era un calzado sinfónico. Tenía ecos de guitarra y de maullidos de gato. Crujían los zapatos, acaso, para que no crujiera la República. A nadie se le

Biblioteca de la Universidad de la Habana
 Calle de la Universidad, No. 100, Ciudad de la Habana, Cuba
 Teléfono No. 2000



ocurría decir "estamos viviendo sobre un volcán", porque en cada borgeguí había una trova y una jácara. Un fabricante de calzado desde la tribuna de la Asociación de Industriales, suministró una explicación plausible: Los zapatos chirriantes se fabrican con pieles de novillos ingenuos, no con pellejos taciturnos de bueyes ensombrecidos por la vejez polvorienta.

Y un día, el zapato chirriante se apagó. En el alma del indigena se operó una extraña mudanza. Unos dicen que Carrodegas, al exagerar en un velorio sus zapatos chirriantes, pereció asesinado en el local.

La verdad es que el botín crujiente se extinguió. Ahora existe suficiente perspectiva para el enjuiciamiento: el cubano desertaba del júbilo, el cubano no quería conducir un acordeón magnífico y vibrante en el calcaneo, y, por una especie de absurda deformación del gusto, se abrazaba al silencio, a la mudez subterránea de los tacones de goma.

La incomparable sencillez de Estrada Palma

Este es un recuerdo de infancia. El presidente Estrada Palma presenciaba los Carnavales desde el Castillo de la Punta. Allí, sobre el viejo muro, se instalaban unas sillas. Las ocupaban el jefe del Estado, sus familiares, algunas autoridades. Era el invierno y no usaba la modestia de su saco de alpaca que gustaba de abrir para mostrar el chaleco de piqué. Cada año, puntualmente, al llegar los Carnavales, Estrada Palma se mezclaba a esa fiesta popular. El público que se acumulaba en el Malecón, en aquel recodo, punto neurálgico del paseo, donde este adquiría mayor ímpetu en el alegre bombardeo de serpentinas, en el loco hisopear de confetti, veía al anciano benigno y suave, a unos metros de distancia, allí, sobre el parapeto de la fortaleza colonial. Pero le complacía aún más, al hombre de la calle, como se dice ahora, cuando Estrada Palma se mezclaba al paseo en el "landau" de Palacio, la esposa, Genoveva Guardiola, al lado, en el pequeño asiento frontal, las dos hijas, Lucita y Candita.

Ninguna vigilancia. A lo sumo, un oficial policiaco, Pepe de Cárdenas, que cabalgaba a distancia del coche presidencial. No rugían las pasiones. La República conservaba un ritmo pacífico. Cierta que, a veces, los periódicos recogían la noticia desapaecible de que, a lo largo de la jornada anterior, tres hombres, en tres bodegas distantes, habían recibido una herida en la palma de la mano. ¿Choques por acerbas antimonías políticas? ¿Querrelas hirsutas? Oh, no. Aquellos hombres con su mano derecha, herida y sangrante, no habían cambiado sus pensamientos con excesiva violencia. La mano herida era la dulce tragedia cotidiana de un pueblo feliz: la casa había ocurrido al abrir una botella de chichipó.

Tiempos incomparables. El presidente Estrada Palma asistía a los paseos de Carnaval. Otras veces salía de Palacio y en la esquina de Tacón tomaba el tranvía. Hacía eso una modulación de sencillez. Manuel Sanguily refrescaba en "El

sencillamente, sin aires trombones y espectaculares. Todo tenía Anón del Prado". Freyre de Andrade que era fiscal del Tribunal Supremo, se detenía largamente en la librería de Rambla y Bouza. Enrique José Varona, armonioso, transparente, filosófico, todo vestido de blanco, llegaba a pie hasta "El Figaro" para entregar sus artículos.

Este candor de los primeros tiempos franqueaba al indigena la dulzura de vivir. Todo era suave, pacífico. Pudiera atribuirse al saco de alpaca de Estrada Palma, a su claridad de alma, a su radioso sentido de la economía.

—Hijito, hazme el favor, no han apagado las luces del salón. Apágalas, miras que luego subirá la cuenta de la luz.

Pudiera atribuirse a otras razo-

nes atendibles. Los cubanos usaban bastón de puño de plata. No digáis que se trataba de una tronca enfática, ordenancista y cartularia. Era más bien un cayado de bonario, un báculo pastoral, que no se agitada movido por la secreta ambición de caer sobre el lomo del adversario. El bastón de puño de plata ofrecía al usufructuario lecciones de urbanidad, de mesura, de cortesía. Y el ciudadano que, en la esquina de una calle, se apoyaba en esa tranca para discutir, con un amigo sobre el empréstito de treinticinco millones, sobre el ferrocarril de Zanja o sobre aquel decreto del alcalde Juan Ramón O'Farrill que obligó a reformar un couplet de "Enseñanza Libre", no ponía en la controversia ninguna acidez, ninguna vehemencia tumultuosa, sino que acababa por recitarle un soneto patriótico a su amigo.

Un día Estrada Palma dejó de mezclarse a la multitud en los paseos de Carnaval. Habían rugido las pasiones. Se había vertido la sangre de los cubanos. Un próconsul extranjero gobernaba a Cuba. Estrada Palma, el dulce pedagogo, el mismo que reclamaba más maestros que soldados, se había ido a morir, en soledad, en olvido, a su heroica tierra bayamesa. Ahora tiene su estatua. Entonces, porque el cubano, súbitamente, perdiera el candor, le dieron su largo Calvario doloroso.

El sentido precautorio de los pantalones largos

No se llegaba de un solo golpe del pantalón rotuliano al pantalón sobre el borde del escueto zapato amarillo, color de ácido sulfúrico. Los padres contemplaban al hijo de catorce años que lanzaba el trompo en la acera y se afeitaba a escondidas.



—Domitila, hay que ir pensando en los pantalones largos de Abundio. El niño crece. Percibo cambios en su voz, que deja de ser aflautada para ser bronca como la de Alfredo Zayas en el Senado. Advierto una fertilidad en sus mejillas, una mayor proclividad a gastar la suela de los zapatos, un gusto más profundo por el patriotismo. La verdad es, querida Domitila, que Abundio con pantalones en la rodilla y vellos prolijos en las piernas, ofrece un espectáculo desusado que perturba el ritmo suave de estos primeros años republicanos.

Domitila, lúcida, previsora, organizaba la prolongación de los pantalones cortos de Abundio.

—Muy bien observado, Juan Antonio. Le correré un dobladillo a los pantalones de Abundio. Desde hoy los llevará por debajo de la rodilla.

Y así era, en efecto. Había un sentido reflexivo, precautorio, en la extensión de los pantalones del tierno adolescente. Los pantalones iban descendiendo poco a poco, en dosis prudentes y calculadas. Un centímetro hoy. Otro centímetro en las Navidades. Luego, bajarían hasta la pantorrilla en Semana Santa. Para las otras Navidades, cuando Abundio tuviera quince años bien cumplidos, entonces, y sólo entonces, sus pantalones rozarían con el zapato.

Era, como ustedes ven, la vida sin apremios fosfóricos, sin vanos apresuramientos, sin brusquedades galopantes. Todo se deslizaba en suavidad. Era inconcebible que de la noche a la mañana, de un día para otro, sin transición, sin etapas regodeadas, el niño pasara de los pantalones cortos a los pantalones largos. Estoy por creer que este lento descenso de los pantalones, desde la rótula infantil hasta el tobillo del joven, constituía un reza-

más radiosa infancia de corazón, la tesis de los pantalones precautorios. No se iba de un solo golpe de los pantalones cortos a los pantalones largos. Un centímetro hoy. Dos pulgadas el mes que viene. Todo lento, todo poquito a poco, ese poquito a poco que era la cancelación de la prisa, la ignorancia del vértigo y de la fiebre, en un mundo de suavidades.

El reto a la muerte

Juan Nepomuceno Chinchilla, entre 1903 y 1907, era el cubano, esencialmente pacífico, que, sin embargo, de vez en vez, para probar, con verdadera piedra de toque la intrepidez de su ánimo, se jugaba la vida. No había combatido en Mal Tiempo. No se encontraba entre la hueste heroica de Peralejo. Pero, en esos primeros años republicanos, de vez en cuando, hacía una demostración. Vivía en Neptuno, junto a Belascoain. Trabajaba como tenedor de libros en un almacén situado junto al Muelle de Luz. Tiempos de sosiego: Belascoain al Muelle de Luz era la carrera más larga que podía hacerse en coche. Juan Nepomuceno Chinchilla la hacía en tranvía. La mayor parte de las veces la hacía a pié. Pero una vez al mes, puntualmente, la realizaba en coche. En ocasiones decía al coche-

(Finaliza en la Pág 33)



De la sencillez de don Tomás Estrada Palma habla elocuentemente esta fotografía en la que se le ve cumpliendo el cotidiano despacho de documentos con su secretario particular.

ro, desde la parada de Neptuno y Belascoain:

—Al Muelle de Luz.

Otras ocasiones practicaba una mudanza. Tomaba el coche en aquella parada que había en la plazuela del Muelle de Luz y decía:

—Neptuno y Belascoain.

Es preciso hacer una advertencia. Cuando cobraba sus veinte centenes, sintiéndose en la inmensa prosperidad, exclamaba junto al coche:

—Neptuno y Belascoain.

El cochero lo contemplaba con nuraña, con suficiente repelencia, con una mezcla de largo tedio y de

cóncava amargura felpuda. Pero eso no era todavía jugarse la vida. Juan Nepomuceno sabía vencer la resistencia del auriga. Le regalaba un trabuco para los faroles del coche. Llevaba junto a la boca del caballo un cubo de agua y una dosis de avena. Y, entonces, el cochero, conmovido, a su pesar, por aquel armonioso espectáculo de la fraternidad humana, emprendía el viaje. Eran las seis de la tarde en el reloj de un café cercano. Chinchilla desembarcaba en su inmueble de Neptuno cercano a Belascoain, a las siete y cuarto. Ah, dulzura de vivir de antaño. Ninguna prisa.

Pero el reto a la muerte, el acto genuino de jugarse la vida, —mu-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DE INVESTIGACIÓN

7

4

cho peor que entrar en la jaula del león, mucho más arriesgado que coger el tifus, mucho más grave que subir el palo encebado, en la Chorrera, en las fiestas patrióticas—era decirle a un cochero, dormido en el pescante, en la esquina de Belascoain y Neptuno: Al Muelle de Luz.

Eso era el riesgo de los riesgos. Peor que introducir la cabeza, con extraño método de escudriño odontológico, en la boca de un cocodrilo. Muchos individuos que, a la hora de suicidarse, vacilaban entre el bicloruro de mercurio y la soga del ahorcado, adoptaban finalmente la solución intermedia, pero lógica: comparecían en la esquina de Nep-

tuno y Belascoain, donde había una piquera de coches, y le decían al cochero en tono imperativo:

—Al Muelle de Luz.

Se escuchaban voces. Maldiciones proferidas en un vocabulario hirsuto. Finalmente, había un cadáver: el del suicida, el del hombre que había partido voluntariamente hacia la muerte, destrozado por la cólera furibunda del cochero, que casi siempre era un antiguo gimnasta retirado de la circulación, pateado por el frenesi vindicativo del caballo, que era siempre un penco, negado a los grandes esfuerzos, a las largas carreras y que cuando oía

decir "Al Muelle de Luz" se ponía tremendamente rojo y tremendamente furioso.

Juan Nepomuceno Chinchilla no ignoraba estas tragedias del tránsito, contra las cuales las autoridades no podían luchar. Pero él, que teniendo edad para ello no estuvo en Mal Tiempo, quería hacer una prueba de su fortaleza, de su coraje exacto, en los primeros años republicanos. Ya nadie se acuerda de Juan Nepomuceno Chinchilla. Era inmensamente bueno, suave, tranquilo. Sólo que, de vez en vez, gustaba de la intrepidez, del reto a la muerte, de la aventura ofuscante.

AM, día 22/84



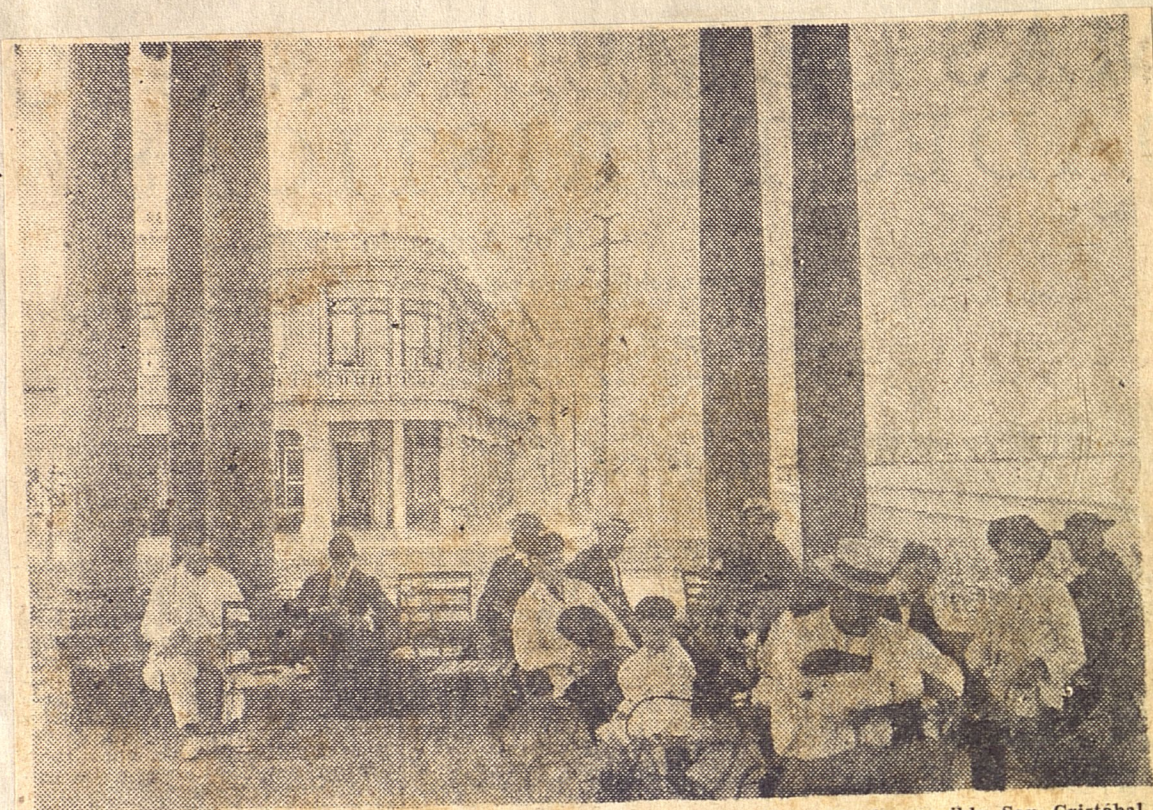


Imperio de los landos, coches y quitrines en el romántico y casi bucólico carnaval de principios de siglo, cuando todavía las flores y las serpentinas eran los únicos alegres atributos de Momo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



La Glorieta del Malecón, escenario de idilios y de retretas, era el fórum de la apacible San Cristóbal del año 1906, fecha en que fué tomada esta fotografía.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA